



Claves de pensamiento

**Pensar nuestro tiempo
desde y con Ortega y
Gasset**

Ignacio Blanco

Septiembre de 2024

Pensar nuestro tiempo desde y con Ortega

Ignacio Blanco, catedrático de Periodismo de la Universidad CEU-San Pablo y director del Centro de Estudios Orteguianos de la Fundación Ortega-Marañón.

Introducción

Este texto pretende ser una síntesis de algunas ideas y conceptos centrales de la obra y del pensamiento de José Ortega y Gasset. Es lo máximo a lo puedo aspirar después de tres décadas de lectura de su obra. En la universidad, mi profesor de Literatura Española Contemporánea nos había hecho leer *La rebelión de las masas*, y aquel fue mi primer contacto con el filósofo. Después, durante el doctorado, me concentré en investigar la obra periodística orteguiana, y en 2004, ya con la tesis leída, me convertí en miembro del equipo de investigación y edición de sus Obras completas (2004-2010).

Se podría decir que esas lecturas fueron sistemáticas y analíticas. Me doy cuenta al observar cómo leo a Ortega ahora, que me he convertido en un lector puramente vocacional e intuitivo, que lee su obra por el simple placer de disfrutar de una de las mejores prosas castellanas del siglo XX. Sin embargo, cada lectura se me presenta, de alguna manera, como si fuera la primera vez. Y es que no leemos igual a los 20, a los 30, a los 40 o a los 52 que tengo hoy. Mi sensibilidad vital ha cambiado. Empecemos por este concepto.

Teoría de las generaciones

En *El tema de nuestro tiempo* (1923) -texto cumbre en la obra orteguiana- Ortega explica el concepto de "sensibilidad vital" como el fenómeno primario en la historia. Si queremos comprender nuestro tiempo, tenemos que entender la "sensibilidad vital" dominante. No se trata de la sensibilidad de un solo hombre, por egregio que sea, sino de toda una generación de individuos con capacidad para imponer su módulo y cambiar el curso de la historia.

El problema no es sencillo, porque cada generación "*representa una cierta altitud vital, desde la cual se siente la existencia de una manera determinada*". En un bello artículo titulado *¿Por qué se vuelve a la filosofía?* (1931), Ortega explica que en cada época conviven tres generaciones que se encuentran en diferentes momentos vitales: los jóvenes, los hombres maduros y los ancianos, de tal suerte que "hoy es para unos veinte años; para otros, cuarenta; para otros, sesenta". Esta dinámica social imprime un "dinamismo dramático" en la historia, pues si bien todos -jóvenes, maduros, ancianos- son contemporáneos (comparten el mismo tiempo), no todos son coetáneos (no comparten la misma edad).

Resulta fundamental asimilar este "anacronismo esencial de la historia" para comprender nuestro tiempo. *"Las generaciones nacen unas de otras -dirá Ortega-, de suerte que la nueva se encuentra ya con las formas que a la existencia ha dado la anterior"*. Puede ocurrir que la nueva generación se sienta cómoda en el mundo heredado, y que, de forma absolutamente natural e intuitiva, abrace sus ideas y las germine. Tales épocas son denominadas por Ortega "pacíficas". Pero también cabe la posibilidad de que las expectativas vitales de los hijos no coincidan con la vida que llevaban sus padres, y ni sus usos ni sus normas ni sus costumbres les sirvan para construir sus vidas. A épocas semejantes las define el filósofo como "beligerantes", y son las que explican las crisis históricas.

Si no se entiende esto, no se puede comprender la historia ni el progreso de la sociedad ni, por tanto, nuestro tiempo. La humanidad ha avanzado a base de crisis históricas, es decir, de cambios profundos e intensos en los procesos sociales que devienen en nuevas técnicas y en otras normas, usos y costumbres. Llegados a este punto, cabe preguntarse si nuestro tiempo constituye una época de crisis histórica; o, planteado en términos orteguianos, si nuestros jóvenes abrazarán el legado de los mayores o, por el contrario, lo desmantelarán para construir su propio mundo.

La doctrina del punto de vista

La sensibilidad vital es subsidiaria de la edad de cada uno y del tiempo que le ha tocado vivir. Es decir, la forma de percibir la realidad no solo está condicionada por el momento vital en que se halla el individuo,

sino también y, sobre todo, por las ideas y creencias imperantes.

Este mundo que no elegimos y en el que no tenemos más remedio que hacer nuestra vida está cimentado sobre ideas que imprimen en el individuo una imagen del mundo. Las creencias son ese tipo de ideas con las que el hombre cuenta para vivir, ideas que el hombre no tiene, sino en las que está. Ahora bien, a partir de una creencia podemos desarrollar eventuales ideas que podrían cuestionar la creencia, ponerla en duda y, andando el tiempo, constituirse en nuevas creencias. Todas las creencias fueron, en su origen, ideas ocurrencia. Este concepto está desarrollado en el ensayo *En torno a Galileo* (1947), donde Ortega explica ampliamente que las crisis históricas han sido y son crisis del sistema de creencias.

Cuando decimos que las creencias imprimen una imagen del mundo en el individuo estamos aludiendo a otro concepto esencial del pensamiento orteguiano, como es la doctrina del punto de vista o perspectivismo. Ortega reconoce la existencia de la verdad, pero señala nuestra limitada capacidad para alcanzarla. En nuestro afán por conocer la verdad, solo podemos obtener una perspectiva de la realidad, la que percibimos desde nuestra posición en el universo. Así, distintas perspectivas de un mismo objeto producen distintas percepciones de la realidad, pero que sean diferentes no significa que alguna tenga que ser necesariamente falsa. El ser humano es incapaz de integrar todas las perspectivas posibles, por lo tanto, nunca alcanzará la verdad absoluta, pues solo un ser omnisciente podría tal cosa.

La razón vital

La raíz de la filosofía orteguiana es la vida. Como todo filósofo, Ortega busca la raíz radical que responda a las preguntas fundamentales del ser humano. Gran conocedor de la filosofía de Descartes ("pienso, luego existo"), en su diálogo con él, Ortega concluye que "no pienso, luego existo, sino que, porque existo, pienso". Es decir, antes que el pensamiento está el ser. Lo primero que se encuentra el ser humano es una vida, que le es dada sin hacer, que no tiene más remedio que hacer; así, su vida se convierte en su quehacer, es su razón vital. Este es el fundamento del raciovitalismo.

Además, el ser humano tiene que hacer su vida aquí y ahora, en una circunstancia determinada, que es cambiante porque la vida es una energía que evoluciona inexorablemente hacia el futuro. El ser humano no tiene más remedio que proyectar su existencia en estas coordenadas espaciotemporales, es decir, históricas, de ahí que la razón vital se complemente con la razón histórica y, a la postre, acabe siendo razón biográfica, es decir, el conjunto de decisiones que adoptamos a largo de nuestra vida obligados por las circunstancias.

Esta filosofía ya está incubada en su primer libro, *Meditaciones del Quijote* (1914), donde Ortega expone el axioma que fundamentará su sistema: "Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo". Para entonces, Ortega había vivido dos temporadas de estudio y formación en Alemania; primero en Leipzig y en Berlín, entre 1905 y 1906. Allí leyó a Nietzsche en alemán, pero sobre todo se sumergió en el estudio de la obra y el

pensamiento de Kant. Entra en contacto con los filósofos neokantianos, como Simmel. También se acercó a la obra de Dilthey, que años después tendrá gran importancia en el pensamiento de Ortega.

En 1907 se muda a Marburgo, donde entra en contacto con los filósofos neokantianos Natorp y Cohen. Este conocimiento del neokantismo, unido al enorme influjo que recibió de la fenomenología de Husserl, con quien llegaría a trabar amistad, aunque era mayor que él, configuraron el punto de partida para el desarrollo de la filosofía del raciovitalismo.

Una sucinta mirada a su propia vida nos serviría para aplicar esta filosofía a su biografía. Ortega nació en Madrid en 1883 y murió en 1955. Vivió 72 años. No fue una época fácil para su generación, que tuvo que vivir dos guerras mundiales, una guerra civil y dos dictaduras. El comienzo del siglo XX fue un tiempo de profunda transformación en muchos órdenes de la vida, en parte debido a los avances científicos alumbrados en el contexto de la Segunda Revolución Industrial.

En el plano filosófico, la crisis de fin de siglo supuso una crisis de la razón. Los avances científicos redimensionaron el espacio y el tiempo, las dos coordenadas sobre las que el hombre proyecta su vida, y sumergieron la filosofía en una profunda reflexión sobre el ser humano y su existencia.

En el plano sociológico, el siglo XX inaugura un tiempo nuevo que conocemos como la Sociedad de Masas. Pocos filósofos como Ortega, no ya en España, sino en todo el mundo, acertaron con el diagnóstico de esta sociedad emergente que describirá en *La rebelión de las masas* (1930).

La rebelión de las masas

Se trata del libro más conocido de Ortega, el que se ha traducido a más idiomas y el que le proporcionó prestigio y reputación internacional. La idea de partida es que la mejora de la calidad de la vida ha permeado a todas las capas sociales, de modo que las comodidades y servicios antes privativos de una minoría, en el siglo XX empiezan a ser accesibles para la mayoría.

Este crecimiento del nivel de vida provoca, por un lado, el hecho de las aglomeraciones (la cultura de masas nace en esta época), todo está lleno; y, por otro, el surgimiento de un nuevo tipo de hombre, el hombre-masa, que Ortega define con la psicología del "niño mimado", es decir, un ser caprichoso que al nacer disfruta de una determinada calidad de vida, pero que desconoce el esfuerzo de las generaciones precedentes para construir ese nivel de vida que él disfruta. Como desprecia cuanto ignora, se comporta como un bárbaro. Piensa que los servicios sociales, la administración pública, la sanidad, la educación..., a los que tiene derecho, son frutos espontáneos de la naturaleza, y no formidables logros humanos y colectivos que hay que cuidar y proteger cada día.

Ortega distingue entre vida noble y vida vulgar. Una vida puede ser vivida desde la autoexigencia y la respuesta a la propia vocación, a lo que cada uno siente que está llamado, a su "fondo insobornable". Este sería el aristócrata (o sea, "el mejor", en sentido etimológico), el héroe cotidiano, aquel que vive con la nobleza de aspirar a dar siempre lo mejor de sí mismo.

Ortega relaciona la metáfora del héroe con el principio de Píndaro: "Sé el que eres", "llega a ser el que eres". Así, Ortega invoca el principio de autenticidad vital, de vivir en coherencia con lo que uno realmente es. Para Ortega, el héroe es el que vive una vida auténtica y coherente, el que se esfuerza por ser su auténtico yo. Esto es una heroicidad, según Ortega.

En meditaciones del Quijote (1914) escribe Ortega:

[...] es un hecho que existen hombres decididos a no contentarse con la realidad. Aspiran los tales a que las cosas lleven un curso distinto: se niegan a repetir los gestos que la costumbre, la tradición y, en resumen, los instintos biológicos les fuerzan a hacer. Estos hombres llamamos héroes.

Porque ser héroe consiste en ser uno, uno mismo. Si nos resistimos a que la herencia, a que lo circunstancial nos impongan unas acciones determinadas, es que buscamos asentar en nosotros, y sólo en nosotros, el origen de nuestros actos. Cuando el héroe quiere, no son los antepasados en él o los usos del presente quienes quieren, sino él mismo. Y este querer él ser él mismo es la heroicidad.

No creo que exista especie de originalidad más profunda que esta originalidad «práctica», activa del héroe. Su vida es una perpetua resistencia a lo habitual y consueto. Cada movimiento que hace ha necesitado primero vencer a la costumbre e inventar una nueva manera de gesto. Una vida así es un perenne dolor, un constante desgarrarse de aquella parte de sí mismo rendida al hábito, prisionera de la materia."

En resumen, el héroe es la persona que vive una vida coherente con su auténtico ser y que se esfuerza por ser auténtico sin dejarse llevar por las costumbres o las modas sociales. El héroe trata siempre de ser él mismo. Pero también cabe la opción de vivir una vida vulgar, en la que uno se deja arrastrar por la moda, por lo más cómodo, por lo fácil, por lo menos exigente. Este es el hombre-masa, individuo que Ortega representa con dos arquetipos: el especialista, o sea, el bárbaro que sabe mucho de su reducida parcela de conocimiento, pero que ignora todo lo demás; y el "señorito satisfecho", aquel que siente que tiene derechos, pero no obligaciones.

España y Europa

Una de las obras orteguianas de contenido político que acaso conserven mayor frescura y actualidad es España invertebrada (1922). Este libro tuvo un enorme impacto social en su época. Ortega se pregunta por el origen de los problemas que arrastra España, e identifica principalmente dos: el particularismo, es decir, en España cada grupo social y cada región busca sus propios intereses particulares, no el bien común ni el bienestar general; y el odio a los mejores (que Ortega denomina "aristofobia"), es decir, el desprecio hacia las personas excelentes. Según el filósofo, en España se ha producido históricamente una selección inversa, de los peores frente a los mejores.

Respecto a los particularismos, recordemos que en las Cortes Constituyentes del 1931 Ortega defiende la descentralización y aboga por un Estado autonómico, no

federal, pues una federación supone el acuerdo de naciones soberanas independientes, mientras que el autonomismo garantiza un único sujeto soberano: el pueblo español en su conjunto.

En su discurso sobre el Estatuto de Cataluña en las Cortes Constituyentes (13/05/1932) dice Ortega respecto al problema catalán:

"Pues bien, señores; yo sostengo que el problema catalán, como todos los parejos a él, que han existido y existen en otras naciones, es un problema que no se puede resolver, que sólo se puede conllevar, y al decir esto, conste que signífico con ello, no sólo que los demás españoles tenemos que conllevarnos con los catalanes, sino que los catalanes también tienen que conllevarse con los demás españoles.

[...] Digo, pues, que el problema catalán es un problema que no se puede resolver, que sólo se puede conllevar; que es un problema perpetuo, que ha sido siempre, antes de que existiese la unidad peninsular y seguirá siendo mientras España subsista; que es un problema perpetuo, y que, a fuer de tal, repito, sólo se puede conllevar".

Esta conllevanza conecta con su idea de que una nación se basa en el deseo de sus pueblos de formar parte de un "proyecto sugestivo de vida en común", no en la unión por la fuerza. Por lo tanto, hoy podríamos recuperar la idea de que hay que trabajar no para que ningún pueblo de España quiera marcharse, sino para que todos los pueblos de España quieran quedarse.

En España invertebrada (1922) leemos:

“La potencia verdaderamente sustantiva que impulsa y nutre el proceso es siempre un dogma nacional, un proyecto sugestivo de vida en común. Repudiamos toda interpretación estática de la convivencia nacional y sepamos entenderla dinámicamente. No viven juntas las gentes sin más ni más y porque sí; esa cohesión a priori sólo existe en la familia. Los grupos que integran un Estado viven juntos para algo; son una comunidad de propósitos, de anhelos, de grandes utilidades. No conviven por estar juntos, sino para hacer juntos algo. Cuando los pueblos que rodean a Roma son sometidos, más que por las legiones, se sienten injertados en el árbol latino por una ilusión. Roma le sonaba a nombre de una gran empresa vital donde todos podían colaborar; Roma era un proyecto de organización universal; era una tradición jurídica superior, una admirable administración, un tesoro de ideas recibidas de Grecia que prestaban un brillo superior a la vida, un repertorio de nuevas fiestas y mejores placeres. El día que Roma dejó de ser este proyecto de cosas por hacer mañana, el Imperio se desarticuló.

[...] No es el ayer, el pretérito, el haber tradicional, lo decisivo para que una nación exista. Este error nace, como ya he indicado, de buscar en la familia, en la comunidad nativa, previa, ancestral, en el pasado, en suma, el origen del Estado. Las naciones se forman y viven de tener un programa para el mañana”.

Como vemos, en España invertebrada subyace la idea de consenso, del respeto a la libertad del que piensa diferente, la búsqueda del bien general y no de los intereses particulares; de la construcción de un proyecto colectivo integrador en el que no sobra nadie; en una palabra, la

democracia liberal, que es el ideal político de Ortega.

Esta filosofía política nace en Ortega de un profundo amor por su patria, lo que no le impide denunciar la reforma integral que necesita la España de su tiempo. El joven Ortega mira desde Alemania a su patria y lo que siente es dolor. De aquí surge su filosofía del regeneracionismo, de la necesidad de construir un nuevo Estado con la pedagogía social como programa político.

La nueva España tendrá que desembarazarse del esqueleto de un Estado moribundo, que Ortega representará con la metáfora del “arco en ruinas”, es decir, un sistema clientelar y caciquil que mantiene al pueblo deprimido en el atraso, en el analfabetismo, en la falta de oportunidades y de progreso social. Es la España que magistralmente retrataría años después Miguel Delibes en Los santos inocentes. Esa España es la circunstancia que le toca vivir a Ortega, y su decisión fue salvar su circunstancia, es decir, poner su vida al servicio de su patria para construir un país más justo y solidario.

El hecho de que Ortega conociera en primera persona el nivel científico, tecnológico, cultural y académico de las potencias centroeuropeas, le lleva al convencimiento de que “España es el problema y Europa la solución”. La idea de los Estados Unidos de Europa aparece en varios lugares de su obra, aunque es un concepto que Ortega va reformulando con el paso del tiempo y de los acontecimientos históricos.

Esta idea se forma, además, en confrontación con el pensamiento de

Unamuno, que no tenía ningún interés en “la japonsización de España”; “qué inventen ellos”, había declarado el rector salmantino. Pero esta dialéctica reforzaba más si cabe la convicción de Ortega de que España debía seguir el ideal europeo, y de que era necesaria la construcción de una entidad supranacional, similar a lo que hoy es la Unión Europea, que procurara la prosperidad y el progreso de todas las naciones de Europa.

Sin embargo, este ideal europeo se tambalea tras el fracaso que supuso la Gran Guerra, cuya solución plasmada en el Tratado de Versalles ya contenía la posibilidad de una nueva contienda que, a la postre, acabaría desembocando en la Segunda Guerra Mundial. Ortega identifica entonces ciertas deficiencias en Europa que podían devenir en un enfrentamiento bélico; y percibe esta amenaza en movimientos como el bolchevismo y el fascismo, síntomas evidentes de la sociedad de masas.

Por lo tanto, Ortega propone que los Estados Unidos de Europa deben fundamentarse en la ciencia centroeuropea, pero también en la intuición de los pueblos mediterráneos. Cree, aquí con Unamuno, que la intuición de las naciones del sur contribuiría al equilibrio con las naciones del norte de Europa.

Las empresas culturales

En uno de sus textos autobiográficos, el *Prólogo para alemanes* (1934), escribe Ortega:

“En nuestro país, ni la cátedra ni el libro tenían eficiencia social. Nuestro pueblo

no admite lo distanciado y solemne. Reina en él puramente lo cotidiano y vulgar. Las formas del aristocratismo «aparte» han sido siempre estériles en esta península. Quien quiera crear algo —y toda creación es aristocracia— tiene que acertar a ser aristócrata en la plazuela. He aquí por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico. No es necesario decir que se me ha censurado constantemente por ello. Pero algún acierto debía haber en tal resolución cuando de esos artículos de periódico han hecho libros formales las imprentas extranjeras”.

Persuadido de que la educación y la cultura eran el camino para la regeneración social, a los 19 años se lanzó a la arena periodística decidido a intervenir activamente en los asuntos públicos de España. Sus artículos, publicados en algunos de los periódicos más importantes del primer tercio del siglo XX, como *El Imparcial* y *El Sol*, pronto le convirtieron en uno de los intelectuales más influyentes de su época.

Ortega procedía de una familia muy vinculada con la prensa; los Gasset eran propietarios de *El Imparcial*, y su padre, José Ortega Munilla, además director de *El Imparcial*, fue académico y escritor. Esta circunstancia llevó a Ortega a decir de sí mismo que, “aunque soy muy poco periodista, nací sobre una rotativa”.

Impulsó medios tan relevantes en la historia cultural española como el *semanario España* (1915), al frente de cuya dirección estuvo un año. Junto con el industrial vasco Nicolás María Urgoiti, fundó el diario *El Sol* (1917), acaso el periódico más influyente de la España del primer tercio del siglo XX. En 1923 creó *la Revista de Occidente*, el

proyecto cultural más emblemático de los impulsados por Ortega.

El propósito consistía en hacer una revista que acercara al lector hispanoamericano a las corrientes culturales, filosóficas y científicas que estaban teniendo lugar en todas partes del mundo. Deliberadamente se prescindía de todo contenido político (“la política no aspira nunca a entender las cosas”, pensaba Ortega), y pretendía convertirse en un faro, en un referente de las ideas vivas de su tiempo. Según leemos en los “Propósitos” publicados en el primer número, la Revista de Occidente quería “dar respuesta con claridad al afán de conocer por dónde va el mundo”.

Además de estas empresas, el nombre de Ortega aparece vinculado con la revista *Faro* (1908) y *Europa* (1910). En 1916 comienza a publicar la revista unipersonal *El Espectador*, “una revista escrita en voz baja”, de la que se distribuyeron ocho volúmenes hasta 1934. Tras su salida de *El Sol* en 1931, publicará sus últimos artículos políticos en *Crisol* (1931) y en *Luz* (1932), antes de abandonar la actividad periodística y embarcarse en la “segunda navegación”.

Respecto a esta decisión, una lectura del artículo titulado “Sensaciones parlamentarias” (La Nación, 7/07/1932) nos ofrece un marco más comprensivo de la experiencia política de Ortega, donde dice:

“Yo he hablado ante los públicos más diversos, pero puedo decir que jamás he hablado ante un auditorio de comportamiento más granítico que un parlamento. Jamás he tenido tan clara

impresión de la inutilidad de la palabra. El parlamento no responde ni a la gracia verbal ni al pensamiento agudo y riguroso ni casi casi a la emoción cuando ésta no es de materia muy gruesa.

[...] En ningún país los políticos constituyen una selección de los hombres más inteligentes. Ni siquiera las primeras figuras de los partidos lo son, pero mucho menos el *servum pecus* de los grupos.

[...] En general, el político es como tal un hombre de segunda clase. Si se hiciese un estudio estadístico-biográfico de los hombres que se ocupan de política sorprendería advertir la enorme proporción de ellos que han caído en la política de rebote sobre otras profesiones más exigentes. Fracados en ellas se acogen a la actividad política porque es más fácil, de labor menos precisa. La política es el eterno «poco más o menos». De aquí —el síntoma es curioso y delator— la frecuencia con que el político descubre su resentimiento hacia aquellas profesiones más altas de que es él un decaído. Por ejemplo, una gran cantidad de políticos está integrada por intelectuales forzados a abdicar. Por eso odian al intelectual, al técnico”.

También fue colaborador de los rotativos argentinos *La Prensa*, entre 1911 y 1914, y *La Nación*, entre 1923 y 1940. Fue gracias al periodismo que su pensamiento traspasó las fronteras convirtiéndose en un faro intelectual también para Latinoamérica.

No es exagerado afirmar que la obra de Ortega no se entiende sin el periodismo. En sus textos, fondo y forma se dan la mano con la claridad como principio estético de su filosofía. Este modo de creación literaria fue performativo en el pensamiento de Ortega, y favoreció la auténtica democratización de su filosofía de la razón vital.

El legado de un intelectual

Ortega creció rodeado de escritores e intelectuales mayores que él, como los de la Generación del 98, con los que pudo tener un trato personal gracias a que muchos pasaban por la casa familiar para conversar con su padre, José Ortega Munilla, director de Los Lunes de El Imparcial, la hoja literaria más importante de la época.

De modo que el joven Ortega se sienta a la mesa donde Azorín, Baroja, Maeztu... están hablando con su padre. Y en ese ambiente literario, periodístico e intelectual crece y se forja su personalidad.

Trabará amistad con muchos de sus mayores, como se desprende de los epistolarios con Maeztu, con Machado (que le llamaba "mi capitán"), con Pérez de Ayala, con Azorín y con Baroja, sobre cuyas obras escribió profundos análisis, y por supuesto con Unamuno, con quien mantuvo hasta el final una relación dialéctica, en ocasiones discrepante, pero siempre respetuosa y de mutua admiración.

Juan Ramón Jiménez lo llamó "imán de horizontes".

Pío Baroja publicó el 19 de octubre de 1955 en el ABC un sentido obituario por la muerte del filósofo, donde dijo: "Ortega es el primer escritor español de nuestra época. Su prosa es soberbia y trabajada hasta la perfección. La juventud debe estudiarla continuamente".

Las órbitas de su magisterio fueron muchas y diversas: artículos de periódico, libros, revistas, la cátedra en la Universidad Central de Madrid, la tertulia en la sede de la Revista de Occidente, las conferencias ampliamente recogidas por la prensa, muchas de alcance internacional como las pronunciadas en América y en bastantes países europeos.

Su pensamiento logró pervivir y abrirse camino a pesar de la compleja circunstancia española del siglo XX, en parte gracias a la labor sus discípulos, agrupados en la llamada Escuela de Madrid. Será el insigne filósofo Julián Marías, discípulo de Ortega y fundador de Cuenta y Razón, quien utilizará ese nombre en los años sesenta para referirse a aquel grupo de discípulos con la advertencia de que "ni era una escuela ni estaba reducida a Madrid".

Nosotros, como ellos, sentimos el reto de interpretar el pasado a la altura de nuestro tiempo. La obra de los grandes escritores e intelectuales como Ortega atraviesa los siglos, y su recepción se renueva en cada joven lector que se adentra en su filosofía. Cada nueva generación se apropiará de esa obra iluminando aspectos acaso inadvertidos, proponiendo nuevas lecturas, descodificando las claves que le ayuden a salvar su circunstancia. Esta renovación permanente del conocimiento está en la raíz misma de la filosofía orteguiana, inagotable en la medida en que sepamos transmitirla a los demás y la dejemos volar en libertad.

Síguenos en



info@civismo.org
www.civismo.org

© Fundación Civismo, Fundación Ortega-Marañón, Fundación Konrad Adenauer, Club Tocqueville y todos los autores.